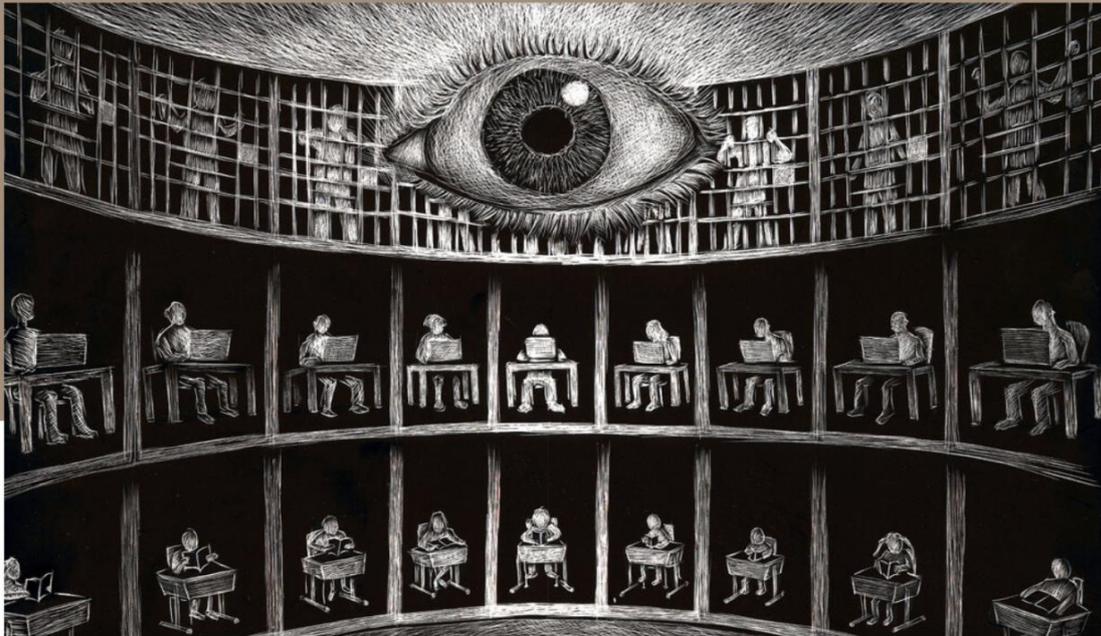


EL PANÓPTICO DIGITAL: GENEALOGÍA DEL PODER DE FOUCAULT A LA ERA ALGORÍTMICA



Sociología 2025

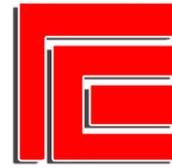
Emeterio Toscano Emilce - Liquín Maximiliano -
Lopez Kirschbaum Gustavo Gabriel

emilceemeterio@gmail.com -
maxiliquin@gmail.com - gablopezk@gmail.com



Índice

Resumen	3
Introducción	3
El poder según Michel Foucault.....	4
Características fundamentales del poder en Foucault	5
El poder soberano: el castigo como ritual y espectáculo.....	5
El poder disciplinario: del castigo a la normalización.....	8
El panóptico: la arquitectura del poder invisible	10
Biopolítica y gubernamentalidad: el poder sobre la vida en el capitalismo neoliberal	12
Psicopolítica: mutación del poder desde la biopolítica	15
El panóptico digital: visibilidad, control y auto vigilancia en la era de los datos	17
Conclusiones	21
Referencias	22



Resumen

Este trabajo explora la transformación histórica de las formas de poder en la sociedad occidental a partir del enfoque genealógico propuesto por Michel Foucault, complementado con aportes contemporáneos de Byung-Chul Han. A lo largo del texto se analiza el paso del **poder soberano**, basado en la violencia visible y el castigo ejemplar, al **poder disciplinario**, centrado en la vigilancia, la normalización y la formación de subjetividades dóciles a través de instituciones como la escuela, la cárcel o el hospital.

El estudio continúa con el análisis de la **biopolítica** y la **gubernamentalidad**, como formas de control que se ejercen sobre la vida misma, gestionando poblaciones mediante técnicas de regulación sanitaria, social y económica. En este marco, se destaca la emergencia del **homo economicus** como sujeto neoliberal que se gobierna a sí mismo bajo el mandato de la eficiencia y la competencia.

Finalmente, se profundiza en dos conceptos clave del pensamiento de Byung-Chul Han: la **psicopolítica**, como forma de poder que actúa desde el interior del sujeto explotando su deseo de rendimiento, y el **panóptico digital**, una mutación contemporánea de la vigilancia en la que los individuos participan activamente en su propia sujeción mediante la exposición voluntaria en redes, la acumulación de datos y la gobernanza algorítmica. El trabajo concluye que el poder en la actualidad ya no se impone desde fuera, sino que se ejerce desde dentro, en nombre de la libertad, la transparencia y la optimización.

Palabras Clave: poder, vigilancia, panóptico, algoritmo

Introducción

Michel Foucault (1926-1984) fue un historiador de las ideas y filósofo francés cuya obra desentrañó las relaciones entre poder, saber y subjetividad. Nacido en Poitiers en el seno de una familia burguesa, su trayectoria intelectual lo llevó a ocupar la prestigiosa cátedra de Historia de los Sistemas de Pensamiento en el Collège de France.

Su obra se centró en el estudio de las relaciones entre saber, poder y subjetividad, y en cómo estas configuran las formas en que las sociedades se organizan, vigilan y disciplinan. A través de un enfoque arqueológico y genealógico, Foucault analizó profundamente las estructuras históricas que sostienen instituciones aparentemente neutrales —como la escuela, la prisión o el hospital—, revelando su papel como dispositivos de control y normalización de los cuerpos y las conductas. Entre sus obras más relevantes se encuentran Historia de la locura en la época clásica (1961), El nacimiento de la clínica (1963), Las palabras y las cosas (1966), La arqueología del saber (1969), y la influyente serie Historia de la sexualidad. En ellas, Foucault muestra cómo lo que consideramos “natural” o “racional” está históricamente configurado por discursos, instituciones y técnicas de gobierno de los cuerpos. Pero es con Vigilar y castigar (1975) donde su análisis del poder adquiere una formulación clave: allí examina el pasaje del castigo corporal del soberano a las formas modernas de control disciplinario. En lugar de la violencia visible, se impuso una vigilancia constante que opera desde adentro, mediante la interiorización de normas y rutinas. Esta lógica se encarnó en el Panoptismo: un modelo arquitectónico y simbólico que ilustra el principio de una vigilancia total e invisible.



Hoy, en la era digital, las tecnologías de la información, los algoritmos y las plataformas digitales han dado lugar a nuevas formas de vigilancia que no solo observan, sino que predicen y modelan el comportamiento humano. Así emerge el Panoptismo digital, una actualización del modelo disciplinario que Foucault anticipó, ahora sostenido por datos y trazabilidad permanente.

Este ensayo propone un recorrido genealógico por las formas históricas del poder:

1. El poder soberano, fundado en la fuerza y el castigo ejemplar;
2. El poder disciplinario, basado en la vigilancia y la normalización, el cual será analizado a través del modelo del Panoptismo;
3. El biopoder, concebido desde la gubernamentalidad y el neoliberalismo;
4. La psicopolítica, una lógica emergente que extiende el panóptico al entorno digital, capturando, analizando y prediciendo el comportamiento humano en la sociedad de superrendimiento.

Se busca mostrar la continuidad y transformación de las lógicas de dominación en la modernidad, así como su proyección hacia un futuro marcado por formas cada vez más sutiles y ubicuas de control. Desde los suplicios públicos del poder soberano hasta la vigilancia silenciosa del Panoptismo carcelario, y más recientemente el dominio algorítmico de los datos.

El poder según Michel Foucault

Michel Foucault redefine el concepto de poder alejándose de las formulaciones clásicas. En lugar de concebir el poder como una cosa que se posee, o como una soberanía que emana de un centro (como el Estado), Foucault lo entiende como una red de relaciones sociales que se ejerce en lo cotidiano, lo mínimo y lo disperso. En *Vigilar y castigar*, Foucault propone una analítica del poder que permita rastrear las formas en que el poder se ejerce, circula y produce efectos en el entramado de las relaciones sociales. En dicha obra, declara con claridad: "El poder no es una institución, ni una estructura, ni una cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una compleja estrategia en una sociedad dada" (Foucault, 1975, p. 93).

Según este planteo, el poder no se localiza ni se posee, sino que circula. No opera de forma exclusiva desde arriba hacia abajo, sino que se ejerce en todos los niveles del entramado social. Los individuos no son simplemente objetos pasivos del poder, sino también sus portadores: "El poder se ejerce más que se posee, y no es simplemente represivo, sino que produce cosas, induce placer, forma saber, produce discurso" (Foucault, 1975, p. 95).

Desde esta perspectiva, el poder no se localiza, ni se posee, ni se cede: se ejerce. Se trata de una red dinámica de relaciones múltiples, que atraviesan a los sujetos no como objetos pasivos, sino como efectos del poder y, a la vez, vehículos de su ejercicio. Los individuos son moldeados por el poder, pero también lo reproducen en sus gestos, hábitos, decisiones y prácticas.

Esta idea es central para comprender el carácter productivo del poder. A diferencia de las teorías represivas —que identifican el poder con la prohibición, la censura o la violencia directa—, Foucault muestra que el poder moderno no se limita a impedir, sino que organiza, define, clasifica, da forma. No solamente impone límites a lo que los sujetos pueden hacer, sino que configura lo que pueden ser, pensar y decir. El enfoque genealógico de Foucault —una historia de las prácticas y saberes— se interesa por cómo el poder opera a través de dispositivos (como la escuela, la prisión, el hospital) que parecen neutrales, pero son fundamentales para la producción de subjetividad.



La analítica propuesta por Foucault se centra en las técnicas, estrategias y racionalidades concretas que articulan las relaciones de poder en contextos históricos específicos. Su finalidad es explicitar cómo funciona realmente, en qué condiciones opera, qué dispositivos lo sostienen, qué saberes lo legitiman, y qué efectos produce.

Foucault propone pensar el poder desde sus efectos micro físicos, desde las luchas locales hasta el nivel de las prácticas institucionales. Su enfoque está guiado por una orientación nominalista: no hay un "poder" en general, sino múltiples relaciones de poder, cada una con su propia racionalidad técnica, su historia específica y sus mecanismos diferenciales.

Esto implica que las relaciones de poder no deben entenderse como formas de dominación total o sumisión pasiva. Al contrario, toda relación de poder implica una cierta libertad de acción. Solo puede haber poder allí donde hay resistencia, posibilidad de respuesta, margen de maniobra. Esta idea desactiva la noción de poder como pura violencia unilateral: el poder presupone sujetos activos, capaces de responder, adaptarse, resistir.

Características fundamentales del poder en Foucault

A partir de estas consideraciones, podemos sistematizar las características centrales de la concepción foucaultiana del poder:

1. **Relacional, no sustancial:** el poder no es un objeto que se posee; existe solo en la medida en que se ejerce en una relación entre sujetos.
2. **Descentralizado y capilar:** no reside exclusivamente en el Estado o las grandes instituciones, sino que se distribuye, se infiltra, se reproduce a nivel micro.
3. **Productivo, no solo represivo:** produce cuerpos, hábitos, deseos, discursos, saberes; forma la subjetividad misma.
4. **Histórico y contingente:** no hay un poder eterno o esencial; cada época articula sus propias tecnologías del poder.
5. **Implica resistencia:** el poder nunca es absoluto; allí donde se ejerce, emergen respuestas, fisuras, contra conductas.

El poder soberano: el castigo como ritual y espectáculo

En el antiguo régimen, el castigo ocupaba un lugar visible, violento y profundamente ritualizado. El poder soberano se manifestaba como una fuerza que se ejercía sobre los cuerpos: hacer morir, dejar vivir. Tal como analiza Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, el castigo no era una simple sanción jurídica, sino un acto político, una afirmación pública del dominio absoluto del soberano sobre sus súbditos. El delito no sólo violaba una norma legal: atentaba contra la figura misma del monarca, quien encarnaba la ley. Por eso, el castigo debía ser ejemplar y espectacular, una ceremonia destinada a restituir el orden dañado y reafirmar la supremacía del rey.

El cuerpo del condenado era el lugar privilegiado sobre el que se inscribía el poder. La ejecución pública —el suplicio— se desplegaba como un verdadero teatro del castigo. Las penas eran físicas, crueles, diseñadas no sólo para infligir dolor, sino para hacer visible el castigo y, con ello, el poder que lo imponía. “El delito, además de su víctima inmediata, ataca al soberano y lo



hace personalmente, ya que la fuerza de la ley es la fuerza del príncipe” (Foucault, 1975, p. 58). De ahí que quebrantar la ley fuese interpretado como un agravio directo al monarca: el crimen se transformaba en una ofensa a su cuerpo simbólico. En consecuencia, “es ella —o al menos aquellos en quienes delega su fuerza— la que se apodera del cuerpo del condenado para mostrarlo marcado, vencido, roto” (1975, p. 60).

Los castigos respondían, muchas veces, a una lógica simbólica. El cuerpo debía “hablar” el lenguaje del delito: se taladraba la lengua de los blasfemos, se quemaba a los impuros, se desmembraba a los regicidas. “Utilización de suplicios 'simbólicos' en los que la forma de la ejecución remite a la índole del crimen” (1975, p. 55). Este uso del cuerpo como superficie de inscripción del poder expresaba la justicia del rey, y con ella, el mensaje político de la ley soberana: nadie podía atentar contra el orden sin sufrir las consecuencias visibles del castigo.

En este escenario, varios actores participaban del ritual punitivo. El rey, en primer lugar, era la fuente y el garante del orden. La justicia se ejercía en su nombre y por su autoridad: “Para que una ley pueda estar vigente en este reino, era preciso que emanara de manera directa del soberano, o al menos que fuera confirmada por el sello de su autoridad” (1975, p. 58). El aparato judicial y el verdugo funcionaban como operadores de esa voluntad. El verdugo, figura temida y ambigua, representaba el brazo ejecutor del soberano, pero muchas veces su rol rozaba peligrosamente el del propio criminal: “El rito que ‘cerraba’ el delito se vuelve sospechoso de mantener con él turbios parentescos: de igualarlo, si no de sobrepasarlo en salvajismo [...] de emparejar al verdugo con un criminal, y los jueces con asesinos” (1975, p. 18).

Pero antes de ese momento culminante del castigo, otro ritual igual de significativo entraba en juego: el proceso judicial. Este no se dirigía tanto a esclarecer objetivamente los hechos como a reconstruir el crimen a través del relato del acusado. Aquí la tortura jugaba un rol central. En el modelo de justicia soberana, la verdad jurídica no se obtenía sólo por pruebas materiales, sino por la confesión del acusado, más allá de la culpabilidad del mismo. Esa confesión no era simplemente un testimonio: era la validación sacrificial de la pena, el gesto por el cual el reo reconocía la soberanía de quien lo juzgaba. De ahí que se recurriera a mecanismos de tortura física y simbólica para forzar la palabra del culpable, para extraerla del cuerpo mediante el dolor.

El sistema judicial era un engranaje de esta lógica ritual. Jueces, verdugos y eclesiásticos operaban juntos para revelar, exponer y luego castigar la transgresión. La Iglesia, por su parte, tenía un papel fundamental, tanto en el plano simbólico como institucional. No sólo ofrecía un marco espiritual al castigo, sino que participaba activamente en la legitimación moral del proceso punitivo. El sacerdote o confesor era una figura presente en el itinerario del reo, especialmente en los momentos previos a la ejecución. Su rol no se limitaba a brindar consuelo espiritual: buscaba provocar la confesión del alma, facilitar la aceptación de la culpa y preparar al condenado para su muerte como un acto de expiación. Desde esta perspectiva, la tortura no solo se justificaba por su función judicial, sino también por su valor redentor: el sufrimiento corporal del reo podía abrir el camino a la salvación eterna. Además, la Iglesia reforzaba el carácter moral del castigo: hacía del suplicio una lección no solo política, sino también religiosa. El crimen era visto como un pecado; el castigo, como una purga. En ocasiones, los sermones públicos acompañaban la ejecución, insistiendo en la necesidad del arrepentimiento y en el castigo divino que recaía sobre los cuerpos impuros. Así, el castigo se elevaba a una dimensión trascendente: no solo restauraba el orden terrenal, sino que restablecía la justicia divina.



El pueblo también cumplía una función clave dentro de este dispositivo. No era un mero espectador pasivo, sino un testigo activo y necesario. Su presencia garantizaba la eficacia simbólica del castigo: ver al criminal sufrir era una advertencia, una escenificación del destino reservado a quien osara desafiar la autoridad soberana. El suplicio funcionaba, entonces, como una pedagogía del miedo, una lección pública de obediencia. Sin embargo, la relación entre el pueblo y el castigo no era unívoca. La multitud podía aplaudir la justicia restaurada, pero también simpatizar con el condenado, compadecerse de su sufrimiento o incluso identificar en él una figura de resistencia frente al poder opresivo. En ciertos casos, los espectadores intervenían: suplicaban clemencia, alteraban el curso de la ejecución o incluso rescataban al reo. Estas reacciones mostraban que el poder no controlaba completamente los efectos de su espectáculo.

El pueblo era, por tanto, un actor ambivalente: era parte del ritual, pero también podía sabotearlo. Esta dimensión impredecible fue vista como una amenaza para la estabilidad del orden. Lejos de ser un receptor pasivo del mensaje del soberano, el público lo reinterpretaba, lo deformaba o lo desafiaba. Tal como señala Foucault, esta ambivalencia de la multitud contribuyó a poner en crisis la eficacia del castigo público: “la muchedumbre asistente puede tomar partido, transformarse en cómplice, hacer del suplicio una ocasión de agitación o de revuelta” (1975, p. 66).

Estas tensiones no pasaron desapercibidas. Foucault muestra cómo el poder soberano comenzó a enfrentarse a sus propios límites: “El castigo tenderá, entonces, a convertirse en la parte más oculta del proceso penal [...] se pide eficacia a su fatalidad, no a su intensidad visible; la mecánica ejemplar del castigo cambia sus engranajes” (1975, p. 18). La visibilidad del castigo, que había sido su fuerza, se convierte ahora en su debilidad. El espectáculo ya no garantiza obediencia; por el contrario, puede despertar rechazo, provocar disturbios o alimentar la solidaridad con el criminal.

Estas limitaciones marcarán el inicio de un profundo proceso de transformación histórica. En ese proceso de transformación del castigo, empezaron a aparecer métodos que buscaban dejar atrás la brutalidad del suplicio sin abandonar del todo la pena de muerte. La horca y, sobre todo, la guillotina, se volvieron herramientas de una justicia que pretendía mostrarse más rápida, precisa y “humana”. Con estos métodos, se trataba de castigar sin el exceso de sangre y dramatismo que podía generar compasión o descontento popular. El castigo seguía siendo físico, incluso mortal, pero ahora debía ser controlado, casi higiénico. Este cambio no marcaba el fin del poder sobre la vida, pero sí mostraba una nueva lógica que se alejaba del espectáculo violento y abría paso a nuevas formas de control.

Imagen 1: Ejecución pública durante la Revolución Francesa en la Place de la Révolution



Fuente: Getty Images

El castigo dejará de ser un ritual público de violencia ejemplar para devenir una práctica más silenciosa, racionalizada y continua. Comienza así una nueva forma de poder, no centrada ya en la espectacularidad del suplicio, sino en la administración meticulosa de los cuerpos, las conductas y los espacios. El paso del poder soberano al poder disciplinario no implica la desaparición del primero, sino su progresiva subordinación a una lógica más eficaz, que ya no necesita hacer morir para gobernar. Se trata, ahora, de vigilar, examinar, corregir.

Con ello, el castigo abandona la plaza pública y se traslada al interior de las instituciones: la prisión, la escuela, el hospital, el cuartel. El poder cambia de rostro, pero no desaparece. La teatralidad del suplicio es sustituida por la racionalidad del control.

El poder disciplinario: del castigo a la normalización

El análisis del poder en las sociedades modernas exige abandonar la imagen tradicional del poder soberano, centrado en la figura del rey y su derecho a decidir sobre la vida y la muerte. Michel Foucault propone una ruptura con esa concepción jurídica, monolítica y represiva del poder, y en su lugar introduce una analítica centrada en las prácticas concretas y los dispositivos que moldean a los sujetos. En este marco, el poder disciplinario emerge como una tecnología política característica de la modernidad, cuyo objetivo no es eliminar al cuerpo indeseado, sino reformarlo, hacerlo útil.

El nuevo poder apuesta por un castigo más racional y más calculado. Ya no se trata de matar, sino de transformar: “es más eficaz no matar, para producir sujetos dóciles, inofensivos y útiles” (Foucault, 1975, p. 104). La cárcel —paradigma del dispositivo disciplinario— no apunta a vengar el delito, sino a enderezar el alma del condenado. Esta racionalidad del castigo responde a una economía política del cuerpo: una disciplina que no derrocha fuerza, sino que busca aprovecharla al máximo.



Lejos de ser un poder visible o centralizado, la disciplina funciona como una red dispersa, anónima, silenciosa. Es un poder “sin rostro”, que no necesita proclamas ni leyes para actuar, y cuya eficacia radica precisamente en su invisibilidad. Es un poder discreto, repartido; es un poder que funciona en red y cuya visibilidad sólo radica en la docilidad y la sumisión de aquellos sobre quienes se ejerce en silencio. Su característica principal no es la coacción directa, sino la producción de hábitos, rutinas y comportamientos interiorizados. Ya no se trata de castigar sino de formar, de corregir, de normalizar.

El origen de esta tecnología de poder no se encuentra en los aparatos estatales modernos, sino en prácticas anteriores. Su germen puede rastrearse en las comunidades monásticas de la Edad Media, donde se instauraron formas rigurosas de control del cuerpo y del tiempo, organizadas en torno a horarios, reglamentos y ejercicios espirituales. Las reglas monásticas no sólo regulaban las acciones externas, sino que buscaban intervenir en la interioridad del sujeto. “La ociosidad es enemiga del alma”, se decía en la Regla de San Benito, estableciendo un vínculo directo entre tiempo, cuerpo y salvación. En este contexto, el tiempo libre era concebido como una amenaza, un espacio peligroso en el que podía aflorar el pensamiento individual, la desobediencia o la locura.

La modernidad retoma y amplifica estas técnicas de control, llevándolas del claustro al conjunto del cuerpo social. Durante los siglos XVII y XVIII, la disciplina se difundió en escuelas, cuarteles, hospitales y fábricas. Su objetivo no es tanto castigar como producir una subjetividad funcional a las nuevas necesidades del orden capitalista. Se busca una economía del cuerpo que permita maximizar su rendimiento productivo y, al mismo tiempo, reducir su capacidad de insubordinación. Se trata de una economía del poder que no opera por excepción sino por normalización, que no excluye, sino que integra al sujeto a partir de su docilidad.

Este poder no se limita a imponer comportamientos desde el exterior, sino que actúa sobre la subjetividad, modelando los deseos, las emociones, los saberes. “El poder, más que sujetar sujetos, los fabrica, a través de los dispositivos como la familia, la sexualidad, el trabajo”. El sujeto no es anterior al poder, sino su producto. La individualización —entendida como el proceso mediante el cual se constituye al individuo como unidad diferenciada, pensante, responsable de sí— es, en este sentido, una estrategia disciplinaria. El poder individualiza no para liberar, sino para controlar mejor.

Uno de los ejes fundamentales de esta lógica es el tiempo. En la sociedad disciplinaria, el tiempo se convierte en un recurso escaso que debe ser optimizado. Cada instante debe ser utilizado, explotado, maximizado. “La disciplina procura una economía positiva; plantea el principio de una utilización teóricamente creciente siempre del tiempo: agotamiento más que empleo”. En este contexto, el ocio aparece como desviación, como anomalía que debe corregirse. El tiempo se convierte en una medida de valor y en una herramienta de control. “No te regalan un reloj, tú eres el regalado”, dice Cortázar: el tiempo no es ya nuestro, sino una forma de control invisible sobre nuestra existencia.

Esta relación entre disciplina y tiempo se plasma en múltiples instituciones. En las fábricas, el control sobre los ritmos de producción y descanso; en las escuelas, los horarios rígidos y la evaluación permanente; en los hospitales, la regulación de tratamientos y visitas. Incluso en los asilos psiquiátricos, donde el poder se ejerce a través de la relación asimétrica entre el médico y el paciente, el tiempo se convierte en un instrumento terapéutico y



disciplinario. Se pretende observar, clasificar, corregir al sujeto “desviado”, no sólo para curarlo, sino también para reinsertarlo en la norma. La cárcel, como la escuela o la fábrica, funciona como una máquina de normalización: “una tecnología política de los cuerpos” (1975, p. 138).

El poder disciplinario se despliega, entonces, como una técnica de organización del espacio, del cuerpo y del tiempo. Organiza el espacio a través de la segmentación (aulas, celdas, camas), organiza los cuerpos a través de ejercicios y rutinas, y organiza el tiempo a través de horarios, calendarios y cronogramas. Pero lo más relevante es que este poder se vuelve interior: no necesita de una fuerza externa que vigile constantemente. El sujeto se vigila a sí mismo, se evalúa, se compara, se corrige. El control ya no se impone: se naturaliza.

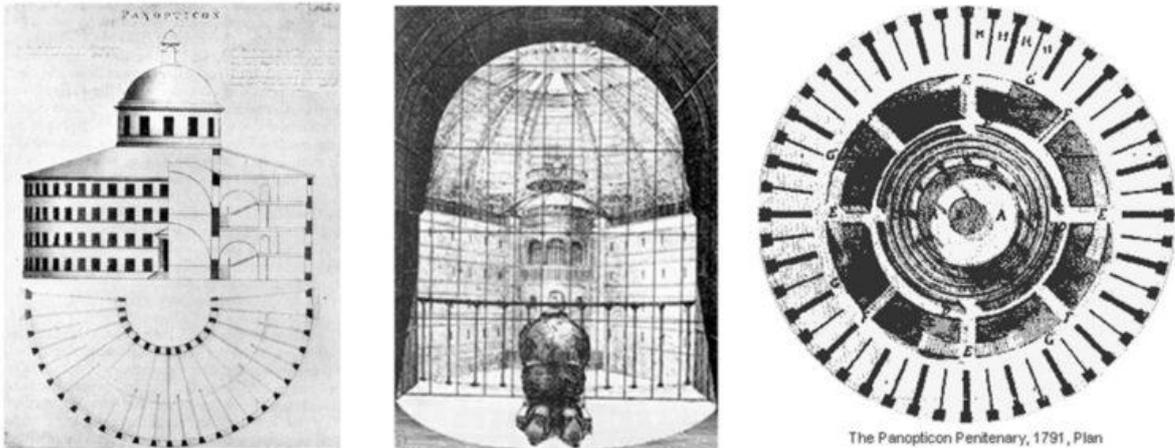
Sin embargo, el funcionamiento del poder disciplinario no podría entenderse sin considerar la condición fundamental sobre la que se erige: la libertad. Foucault afirma que el poder sólo se ejerce sobre sujetos libres, es decir, sobre individuos capaces de elegir entre distintas conductas posibles. Esta afirmación, que parece paradójica, revela el núcleo de la estrategia disciplinaria: el poder se vuelve más eficaz cuando no se percibe como coacción, sino como elección. “Esta libertad de elección es, pues, la puerta que encuentra abierta el poder disciplinario para poder actuar”. El sujeto elige —o cree elegir— comportamientos que ya han sido delimitados, regulados, incentivados por los dispositivos de poder. El poder no prohíbe: orienta, moldea, predispone.

De este modo, el poder disciplinario se integra en el corazón de la vida moderna. No como una forma de dominación visible, sino como una red de prácticas que producen cuerpos útiles, subjetividades obedientes y tiempos normados. Este poder no anula la libertad, sino que la presupone y la utiliza como medio. Y en esa paradoja reside su eficacia: porque creemos ser libres, nos disciplinamos mejor.

El panóptico: la arquitectura del poder invisible

En el corazón de la sociedad disciplinaria se encuentra un dispositivo emblemático que condensa su lógica: el panóptico. Este modelo arquitectónico fue formulado por Jeremy Bentham a fines del siglo XVIII como parte de una propuesta de reforma para las cárceles inglesas, en el marco de un amplio proyecto ilustrado de racionalización del castigo. Influido por el utilitarismo y los ideales de eficiencia moral y económica, Bentham imaginó un edificio capaz de garantizar una vigilancia constante a bajo costo, sin necesidad de ejercer violencia física. Su diseño consistía en una estructura circular con una torre de observación central desde la cual se podía ver sin ser visto, permitiendo así un control permanente sobre los internos. Aunque nunca se construyó exactamente como él lo concibió, el panóptico encarnó una utopía arquitectónica de visibilidad total que más tarde sería replicada en prisiones, hospitales, escuelas y fábricas. Foucault reinterpreta esta figura como una matriz simbólica que expresa los principios fundamentales del poder moderno: vigilancia, interiorización del control, automatización del castigo.

Imagen 2: Panóptico



Fuente: Le Panoptique. Jeremy Bentham, 1780 (1791).

El panóptico es, en su concepción más básica, una torre central desde donde se puede observar, sin ser visto, a una multiplicidad de individuos ubicados en celdas separadas. Lo esencial no es que haya alguien observando, sino que el observado no pueda saber si está siendo observado en ese momento. De este modo, la vigilancia se vuelve constante no por su práctica real, sino por su posibilidad permanente. El sujeto se comporta como si estuviera siendo observado en todo momento, aunque no lo esté. La visibilidad se convierte así en trampa: ver sin ser visto, ser visto sin ver.

Este esquema produce una subjetividad vigilante de sí misma. La vigilancia externa es sustituida por un control interiorizado. Ya no es necesario ejercer la fuerza, basta con la presencia virtual de una mirada para generar obediencia. La arquitectura panóptica no es sólo una estructura física; es un modelo de racionalidad política.

En este punto, el panóptico trasciende su materialidad. Se convierte en un “ojo programático”: un principio abstracto que puede ser replicado en todas las instituciones modernas. No importa la presencia de un guardia, importa la instauración de una lógica que induce a los individuos a comportarse según normas establecidas, bajo la amenaza implícita de ser juzgados. Este ojo no sólo ve, sino que clasifica, regula, produce saber. Observar es, también, diagnosticar, normar, corregir. La mirada se convierte en una técnica de poder.

El ojo programático no es únicamente un instrumento de control, sino también un dispositivo de producción. Produce cuerpos dóciles, tiempos regulados, espacios segmentados y subjetividades que se autorregulan. Es un ojo que no duerme, que no necesita pestañear, porque no depende de una voluntad concreta. Su potencia reside en su automatismo, en su funcionamiento anónimo, en su capacidad de ser replicado en diversos contextos: la escuela, la fábrica, el hospital, el cuartel, la prisión. Por eso, para Foucault, el panóptico “debe ser comprendido como un diagrama de un mecanismo de poder reducido a su forma ideal” (Foucault, 1975, p. 239).



Este dispositivo se articula con el conocimiento. En la medida en que observa, también genera saber. Saber sobre el cuerpo, sobre la conducta, sobre el alma. Así se constituye lo que Foucault llama “saber-poder”: una relación indisoluble entre el conocimiento científico y el ejercicio del poder, donde observar y gobernar se vuelven operaciones equivalentes. Observar a alguien es, al mismo tiempo, intervenir sobre él.

El panóptico representa, entonces, una mutación histórica del poder. Ya no se trata de un poder que actúa por interrupciones violentas, sino de un poder que se hace presente en la continuidad de la vida. Su eficacia no reside en la espectacularidad del castigo, sino en la normalización silenciosa de los comportamientos. Es un poder que funciona por prevención, por disuasión, por corrección anticipada. No necesita destruir para imponerse; basta con modelar.

Lo que se instala a partir del panóptico es una racionalidad que convierte la vigilancia en una técnica difusa, cotidiana, económica y eficiente. Una vigilancia que actúa sobre lo íntimo, lo invisible, lo subjetivo. En la sociedad panóptica, no se necesita torturar: basta con observar. No se necesita prohibir: basta con esperar que el sujeto, sabiendo que puede ser observado, actúe conforme a la norma.

Esta lógica no sólo es eficaz por su capacidad de controlar, sino por su capacidad de volverse invisible. En efecto, el poder que vigila sin mostrarse es el más difícil de resistir, porque no tiene rostro, no tiene centro, no tiene límite. Es un poder que se naturaliza, que se confunde con el orden, con la seguridad, con la eficiencia. Su triunfo consiste en convencer al sujeto de que lo hace por su propio bien, o incluso, que es él mismo quien decide vigilarse.

Sin embargo, este modelo disciplinario no agota las formas del poder moderno. A medida que avanzamos hacia el siglo XIX, el poder ya no se orienta sólo a moldear conductas individuales, sino a gestionar la vida de las poblaciones: tasas de natalidad, mortalidad, higiene pública, reproducción, enfermedades. Es el paso del poder disciplinario al biopoder. Ya no se trata de corregir al individuo sino de regular la especie, optimizar sus condiciones de vida, maximizar su productividad.

Biopolítica y gubernamentalidad: el poder sobre la vida en el capitalismo neoliberal

En el tránsito del poder soberano al poder moderno, Michel Foucault identifica una transformación radical: del poder que “hace morir” se pasa a un poder que “hace vivir”. Es allí donde emerge la noción de *biopolítica*, entendida como una tecnología de poder que toma como objeto no a los individuos aislados, sino a la población como un cuerpo vivo, colectivo, regulable.

La biopolítica nace en un contexto histórico marcado por el desarrollo de la medicina social, el surgimiento de las ciencias humanas y el crecimiento de los aparatos estadísticos del Estado. El cuerpo individual, que antes podía ser objeto de suplicio o ejecución pública, continúa siendo disciplinado, pero ahora se inserta en una lógica más amplia que abarca a la población como categoría política, con variables propias: tasa de natalidad, esperanza de vida, índices de morbilidad, productividad laboral.

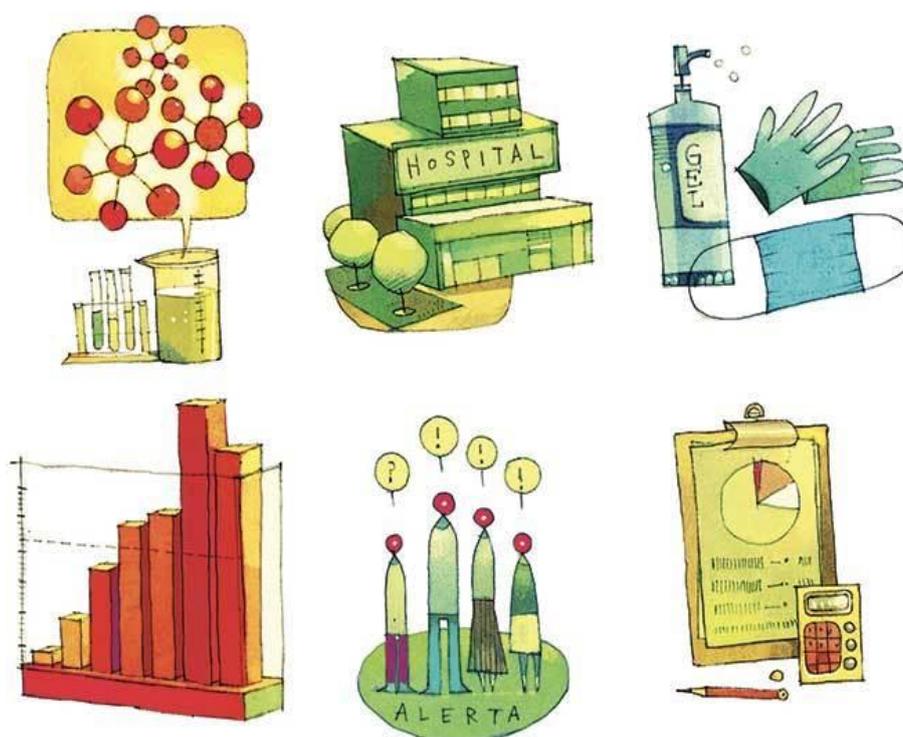
La vida, entendida en su dimensión biológica, deviene campo de intervención política. El control no se ejerce ya sólo a través del castigo, sino por medio de la regulación de la salud,

la sexualidad, la reproducción, la higiene y la alimentación. Como señala Foucault en *Historia de la sexualidad, Vol. 1* (1976), “el poder se convierte en el administrador de la vida”. A través de este proceso, el poder se hace más técnico, más racional, más positivo. Lo que se busca ya no es simplemente reprimir, sino gobernar la vida desde sus condiciones materiales y somáticas.

La biopolítica está profundamente ligada a los procesos de normalización. Se trata de intervenir sobre los cuerpos para garantizar que estos se ajusten a las exigencias del mercado laboral, del orden social y del bienestar general. Pero esta normalización también distingue lo sano de lo patológico, lo útil de lo disfuncional, lo productivo de lo marginal. En esa distinción se configuran prácticas de exclusión y control, cuyo núcleo más oscuro se visibiliza en el racismo de Estado, entendido como la forma mediante la cual el poder puede justificar el exterminio en nombre de la salud colectiva.

Este biopoder se despliega a través de dos grandes ejes: por un lado, la disciplina, que actúa sobre cuerpos individuales mediante dispositivos como la escuela, la prisión o el cuartel; y por otro lado, la biopolítica, que regula la vida de la población en su conjunto a través de mecanismos de seguridad. En este marco se inscribe la *gubernamentalidad*, noción que designa una forma específica de ejercer el poder en las sociedades modernas. Gobernar no se reduce al dominio vertical, sino que implica una forma de conducir las conductas. Es el arte de guiar las acciones de los otros y de uno mismo, de intervenir en la libertad de los sujetos para orientarla sin suprimirla. La gubernamentalidad articula instituciones, saberes, tácticas y tecnologías que permiten administrar poblaciones, optimizar recursos, prevenir riesgos. Es un poder que actúa a través de la gestión del entorno, regulando las condiciones que hacen posible ciertos comportamientos.

Imagen 3: Hospital como institución de biopoder



Fuente: Betteo, P. (s.f). Nexos Cultura.



A medida que el liberalismo se impone como racionalidad política, la economía política se convierte en el principal saber que orienta esta forma de gobierno. Ya no se trata de un Estado que impone desde arriba, sino de un gobierno que interviene lo menos posible, pero que estructura el campo de acción de los sujetos de forma tal que ciertas conductas aparecen como naturales. El sujeto, en lugar de ser dominado directamente, es inducido a gobernarse a sí mismo. Así nace la figura del *homo economicus* como empresario de sí, responsable de su éxito o fracaso, gestor de su capital humano.

El neoliberalismo radicaliza este modelo. Extiende la lógica empresarial a todos los ámbitos de la vida: salud, educación, trabajo, relaciones personales. La competencia se convierte en el principio organizador del mundo social. La libertad se redefine como autogestión, pero al mismo tiempo se multiplican los dispositivos de evaluación, control y rendimiento. El sujeto se convierte en un nodo de autoexplotación, exigido a producirse a sí mismo de forma constante, bajo el imperativo de la eficiencia.

Sin embargo, esta racionalidad no es tan blanda como aparenta. La gubernamentalidad neoliberal no sólo produce subjetividades ajustadas al mercado, sino que se sostiene en prácticas de violencia estructural: exclusión, precarización, endeudamiento masivo, destrucción ambiental y represión estatal. Las poblaciones que no encajan en el modelo del individuo autónomo y competitivo —migrantes, pobres, mujeres, pueblos originarios— son gestionadas como residuos, como exceso, como amenaza biopolítica. La deuda, por ejemplo, se convierte en una herramienta de sujeción que impone una culpa subjetiva al tiempo que captura los futuros posibles. Así, el endeudado no sólo debe pagar, sino justificarse, redimirse, adaptarse.

La biopolítica neoliberal no elimina la guerra: la integra. Las guerras coloniales, las guerras contra la pobreza, las guerras culturales, las guerras financieras se conjugan en una nueva forma de dominación donde la distinción entre paz y violencia se diluye. No se busca el fin de la lucha de clases, sino su sofisticación: una guerra civil global donde la disciplina y la seguridad se presentan como protección, pero funcionan como exclusión. En este marco, el racismo de Estado cumple una función estratégica: permite dividir, jerarquizar y justificar la eliminación de ciertos cuerpos en nombre de la salud colectiva o del orden económico. Como advirtió Foucault en *Defender la sociedad* (1976), el biopoder introduce “una forma de racismo que permite decir: hay que dejar morir a algunos para que otros puedan vivir”.

Traverso (2018) afirma:

[...] podemos apreciar que, lo que estaba en la base del poder soberano era un sistema de legalidad que funcionaba de acuerdo con la lógica de lo permitido y lo prohibido, pero con una suerte de “desequilibrio” en favor de esto último. Se hacía hincapié en aquello que no se debía hacer, en el elemento negativo, en la prohibición de determinadas conductas. Por el contrario, bajo la modalidad disciplinaria, se trabajaba más con un elemento que podríamos llamar “positivo”. Este elemento positivo era la obligación: las disciplinas establecían que había que realizar determinadas cosas, efectuar determinados movimientos, determinadas acciones. Una vez más esto se ve claramente en los reglamentos escolares, fabriles y, por supuesto, en el ejército. En cambio, con los mecanismos de seguridad ya no se tratará ni de impedir ni prescribir, sino de “regular” algo que existe en la realidad. Más que eliminar un fenómeno (alguna enfermedad o algún comportamiento delictivo, por ejemplo) los mecanismos de seguridad tratarán de establecer cuál es la normalidad del mismo en la población. (p. 129)



En suma, el análisis de la biopolítica y la gubernamentalidad muestra cómo el poder moderno ya no se limita a prohibir o castigar, sino que interviene directamente en la vida misma, produciendo subjetividades y organizando las condiciones de lo vivible. En su forma neoliberal, este poder se reviste de libertad y emprendimiento, pero a la vez genera nuevas formas de dominación, desigualdad y autoexplotación. Es desde esta mutación que surge la psicopolítica, que desplaza el centro del control hacia la mente y las emociones, imponiendo un poder que se ejerce a través del rendimiento y la auto optimización, tal como ha profundizado Byung-Chul Han al analizar la sociedad del cansancio.

Psicopolítica: mutación del poder desde la biopolítica

En la transición del poder disciplinario al biopoder que describe Michel Foucault, se abre un horizonte donde el control ya no se ejerce principalmente a través de castigos, encierros o imposiciones visibles, sino mediante formas más sutiles, eficaces y normalizadoras que actúan directamente sobre la vida misma. Sin embargo, aunque este marco sigue siendo vigente, comienza a mostrar ciertos límites frente a la mutación contemporánea del poder, en la que la vigilancia, la productividad y la subjetividad se reconfiguran bajo nuevas lógicas. Es en este punto donde se inserta el pensamiento de Byung-Chul Han, quien no se opone a Foucault, sino que lo continúa, lo expande y lo adapta al contexto del capitalismo digital tardomoderno, mediante el concepto de psicopolítica.

Para Han, la sociedad actual ya no está dominada por un poder represivo que impone límites desde afuera, sino por una lógica que promueve la libertad como forma de coacción interior. En *La sociedad del cansancio* (2012), el autor afirma que la sociedad disciplinaria, descrita por Foucault, ha sido reemplazada por una sociedad del rendimiento, en la que el sujeto ya no es obediente, sino un sujeto que se auto explota en nombre de la libertad. Mientras el poder disciplinario operaba sobre la negatividad —el “no”, la prohibición, el deber—, el nuevo régimen se sostiene en la positividad del “sí puedo”, del “tú puedes”, que encubre una obligación permanente de rendir. Este sujeto no necesita ser vigilado por un ojo externo, como en el panóptico clásico, porque ha internalizado la mirada y se vigila a sí mismo.

Esta mutación coincide con un giro paradigmático que Han denomina “de lo inmunológico a lo neuronal”. La sociedad inmunológica, predominante en épocas anteriores, se definía por la protección frente a lo extraño, lo peligroso y lo otro. El enemigo era externo: virus, extranjero, criminal. La lógica de poder era defensiva, centrada en la exclusión y la resistencia. En cambio, la sociedad neuronal no se protege del otro, sino que colapsa en su propio exceso de positividad. El enemigo ya no viene de afuera, sino de adentro: el cansancio, el burnout, la depresión. Han sostiene que vivimos bajo una “violencia neuronal”, una forma de violencia que no reprime, sino que satura; que no niega, sino que exige demasiado.

En este escenario, la psicopolítica aparece como una técnica de poder adaptada al neoliberalismo digital. Mientras que la biopolítica se ocupaba de gestionar la vida biológica —natalidad, salud, longevidad—, la psicopolítica penetra en la psique, en la subjetividad, y la gobierna desde dentro. No se trata de vigilar cuerpos o controlar comportamientos externos, sino de modelar deseos, emociones e impulsos. El sujeto contemporáneo se convierte en emprendedor de sí mismo, no porque alguien lo imponga, sino porque lo desea: se auto explota voluntariamente en busca de éxito, visibilidad y rendimiento. Ya no obedece, sino que se

reinventa constantemente como proyecto, atrapado en una carrera permanente contra sí mismo.

Este régimen genera un excedente de positividad: todo debe ser visible, compartido, medible y optimizable. En palabras de Han, “la positividad de la autoafirmación y del poder de poder puede desembocar en autoagresión”. La libertad se convierte en una forma de rendimiento forzoso. La transparencia se transforma en un mandato moral: la exposición voluntaria en redes sociales, métricas y plataformas de autoevaluación funciona como una técnica de control mucho más eficaz que cualquier castigo. La psicopolítica digital “produce sujetos obedientes sin necesidad de represión; basta con estimular el deseo de mostrarse y de rendir” (Castillo Merino, 2022).

Así, la psicopolítica no elimina la libertad, sino que la explota. Su eficacia radica en que, en lugar de reprimir, seduce; en vez de castigar, premia; en lugar de imponer, optimiza. El poder ya no actúa como un “gran hermano” visible, sino como un “Big data” invisible que conoce, predice y orienta comportamientos sin necesidad de mandatos explícitos. Google, Facebook, Amazon y otras plataformas no imponen, sino que ofrecen libertad de elección; sin embargo, esa libertad está dirigida por algoritmos que perfilan la conducta con precisión estadística.

Imagen 4: Ilustración satírica del Capitalismo Digital



Fuente: @El_Chamuco (2023), X (antes Twitter).



En este panorama, el sujeto contemporáneo es un animal laborans saturado de estímulos, exigencias y conectividad. Ya no se le impone el silencio o la clausura, sino la exposición constante. La hiperactividad se vuelve norma, pero esta hiperactividad no genera sentido, sino cansancio. Como afirma Han, la sociedad actual “ya no es una sociedad viral, sino una sociedad de la fatiga”. Esta fatiga no es solo física, sino existencial: nace del vacío de sentido que deja la exigencia de ser siempre más productivo, más visible, más eficiente.

El aburrimiento profundo, esencial para la contemplación y la creación, ha sido reemplazado por una atención fragmentaria e hiperestimulada que dificulta toda producción cultural duradera. La positividad se convierte en una trampa que neutraliza la crítica, porque todo debe ser agradable, útil y eficiente. En este contexto, el poder ya no necesita prohibir: basta con optimizar. La violencia que antes se ejercía sobre los cuerpos, ahora se ejerce sobre la mente; una violencia neuronal que enferma no por falta, sino por exceso. Patologías como el burnout, el TDAH, la ansiedad y la depresión son síntomas del exceso de sí, de la autoexigencia sin medida, del estar siempre disponible, conectado y rindiendo.

Por ello, la psicopolítica no puede entenderse sin la irrupción de las tecnologías digitales. El sujeto psicopolítico es también sujeto de la vigilancia digital y del algoritmo invisible. En este modelo, “la libertad es la forma más efectiva de vigilancia”, porque lo que se mide se gestiona y lo que se gestiona se normaliza (De la Fuente, 2017). El neoliberalismo digital perfecciona la lógica foucaultiana al eliminar toda exterioridad al poder: ya no hay un afuera desde donde resistir, porque incluso la resistencia es absorbida como innovación o disidencia rentable. Byung-Chul Han, al introducir la psicopolítica, prolonga esta intuición: el poder actual es psicológico, afectivo y tecnológico, pero no por ello menos eficaz. Su invisibilidad lo hace más difícil de resistir. Es en esta nueva lógica donde se inscribe el concepto de panóptico digital.

El panóptico digital: visibilidad, control y auto vigilancia en la era de los datos

Inspirado en la genealogía del poder desarrollada por Michel Foucault, Byung-Chul Han actualiza y radicaliza la comprensión de los mecanismos de vigilancia contemporáneos a través del concepto de panóptico digital. Mientras que Foucault describió el panóptico como una arquitectura disciplinaria que inducía a los individuos a comportarse como si estuvieran siendo observados constantemente, Han plantea que ese modelo ha mutado profundamente en el contexto de las tecnologías digitales, donde la vigilancia se ha vuelto difusa, ubicua, horizontal y voluntaria. Ya no hay una torre central desde donde se ejerce el poder; ahora cada sujeto participa como observador y observado, atrapado en una red de datos que alimenta sistemas algorítmicos de control invisible pero omnipresente.

La clave de esta mutación no es la coacción, sino la seducción. En el panóptico digital, el poder no impone la visibilidad: la incita. El deseo de reconocimiento, pertenencia y validación social empuja al individuo a exponerse sin cesar. Redes sociales, sistemas de geolocalización, aplicaciones de salud, plataformas de consumo actúan como mediadores de esta visibilización permanente. El usuario colabora con el sistema de vigilancia, creyendo que está ejerciendo su libertad. La paradoja es brutal: en la sociedad del panóptico digital, los sujetos se sienten libres mientras contribuyen activamente a su propia sujeción. Como advierte Han, el individuo ya no es reprimido, sino estimulado; ya no está bajo amenaza, sino bajo estímulo constante. La libertad se convierte en el más eficaz de los dispositivos de dominación.



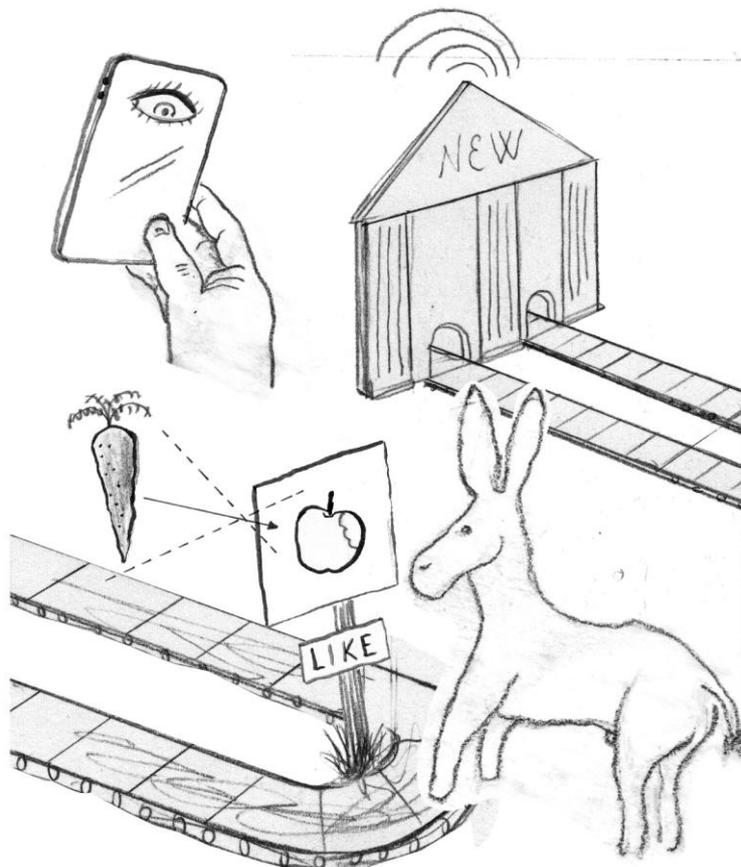
Esta forma de vigilancia se sustenta en la acumulación masiva de datos generados por los individuos en su tránsito diario por Internet. Cada clic, cada movimiento registrado por un GPS, cada imagen subida a una red social, cada interacción con un algoritmo de recomendación alimenta gigantescos reservorios digitales, también llamados data centers, que constituyen el corazón del nuevo poder. Estos bancos de datos no están confinados a instituciones estatales: corporaciones privadas como Google, Meta, Amazon, Microsoft y muchas otras controlan hoy más información sobre la vida cotidiana de los sujetos que muchos gobiernos. Aquí aparece el *dataísmo*, concepto que designa la ideología emergente según la cual todo —emociones, decisiones, relaciones— puede y debe traducirse a datos. La vida misma deviene cuantificable, predecible y gestionable. Esta acumulación es utilizada para predecir comportamientos, influir en decisiones de consumo, y modelar perfiles que determinan desde preferencias comerciales hasta inclinaciones políticas.

El concepto de visibilidad adquiere una nueva densidad en este contexto. En la modernidad disciplinaria, ser visible significaba estar expuesto a la vigilancia jerárquica del poder institucional. En el panóptico digital, la visibilidad se convierte en un imperativo: hay que mostrarse, publicarse, comentarse, para existir. El valor se mide en términos de visualizaciones, likes, seguidores, engagement. La privacidad se vuelve una excentricidad, una anomalía en un entorno donde todo debe ser transparente. Han advierte que esta “coacción de la transparencia” elimina la negatividad, la ambigüedad, el secreto: todo debe ser claro, inmediato, sin dobleces. Y en esa lógica de exhibición absoluta, el sujeto pierde su espesor simbólico, su interioridad, su capacidad de resistir al poder.

La vigilancia contemporánea se ha vuelto inteligente. No busca ya castigar al infractor, sino predecir al disidente. Mediante complejos sistemas algorítmicos, las masas de datos son analizadas, correlacionadas y procesadas para trazar patrones de conducta, anticipar comportamientos, generar perfiles predictivos. El sujeto digital es un conglomerado de variables que pueden ser evaluadas en tiempo real. El poder actúa de manera preventiva, ajustando las condiciones del entorno, segmentando la información, personalizando la oferta, modulando las emociones. Ya no se gobierna por la ley, sino por la estadística. No se reprime la acción, se inhibe la posibilidad.

Este escenario redefine profundamente la relación entre biopolítica y poder digital. Si, para Foucault, la biopolítica intervenía sobre los cuerpos y las poblaciones para optimizar la vida y gestionar riesgos sanitarios, sociales o reproductivos, en la era digital asistimos a una mutación: el biopoder se vuelve psicopolítico. Como señala Byung-Chul Han, ya no se trata solo de regular lo biológico, sino de explotar lo psíquico. La vida es gestionada no desde el exterior, sino desde el interior de las conciencias, mediante técnicas de modulación algorítmica del comportamiento. El sujeto es cuantificado, perfilado y conducido a través de métricas, notificaciones, interfaces persuasivas y entornos diseñados para maximizar el rendimiento emocional y económico. El Estado, el mercado y la tecnología confluyen en un dispositivo que administra la existencia mediante Dashboard, algoritmos predictivos, índices de productividad y sistemas de reputación. La política se digitaliza, y la ciudadanía se convierte en una base de datos emocionalmente gobernada.

Imagen 5: Estímulo y coacción de la transparencia



Fuente: Revista Crisis (2017).

Pero lo más inquietante de esta nueva configuración del poder es su carácter invisible. El usuario del panóptico digital se siente protagonista, cuando en realidad es materia prima. Cree que elige, cuando en verdad es conducido. Se cree autónomo, cuando está sometido a mecanismos de evaluación y clasificación permanentes. La sumisión no es vivida como opresión, sino como una experiencia de libertad. Han afirma que este poder actúa a través de la auto coacción: el sujeto se explota a sí mismo, se optimiza, se autoexige. No hay una figura autoritaria que impone normas: hay un ideal de rendimiento que opera como superyó interiorizado.

Pero esta hipertextualización de la vida y su conversión en datos genera efectos subjetivos corrosivos. En lugar de locos o delincuentes —como en la sociedad disciplinaria—, el panóptico digital produce sujetos agotados, deprimidos, incapaces de sostenerse ante la sobrecarga de estímulos. A esta condición la denomina *borrachera digital*, una intoxicación de información, imágenes, notificaciones y métricas que impide al sujeto construir una interioridad resistente. Es la anestesia de la hiperconexión, donde lo inmediato sepulta lo reflexivo.

El panóptico digital no necesita de muros ni de torres: está en la nube, en el algoritmo, en el teléfono. Es una vigilancia sin vigilante. Su eficacia reside en la participación activa de los sujetos, en la naturalización del control, en la estetización de la vigilancia. Cada historia publicada en Instagram, cada trayecto geolocalizado, cada interacción en TikTok es una pieza en el engranaje de una vigilancia algorítmica que no duerme ni descansa. Y, a diferencia del



panóptico clásico, este sistema no busca normalizar desde afuera, sino transformar el deseo desde adentro. El sujeto desea ser visto, desea ser medido, desea ser valorado. En esa pulsión de visibilización radica la verdadera eficacia del poder.

Así, el *panóptico digital* no representa simplemente una extensión del control sobre la vida, sino una mutación ontológica del poder: una forma de dominación que actúa desde la libertad, que explota el deseo de visibilidad, que convierte cada dato en una traza de subjetivación y cada perfil digital en un objeto de gestión algorítmica. Ya no se trata de vigilar desde una torre, sino de modelar desde dentro, a través de los dispositivos que acompañan —y constituyen— la vida cotidiana. Como advirtió Foucault, el poder moderno no reprime: “*produce realidad, produce dominios de objetos y rituales de verdad*” (Foucault, 1977); y Han, actualizando esa lógica, señala que “*el sujeto neoliberal se explota a sí mismo creyendo que se realiza*” (Han, 2012). En este nuevo régimen, la libertad deja de ser una conquista política para convertirse en una trampa funcional al rendimiento y a la autoexplotación.

La transparencia total, la economía de la atención, la gobernanza algorítmica y el dataísmo como nueva fe en lo cuantificable configuran un paisaje en el que el sujeto queda capturado entre el deseo de ser visto y el imperativo de ser útil. El poder ya no necesita imponer: se instala como entorno e infraestructura. Y en este paisaje saturado de estímulos, imágenes y métricas, la posibilidad misma de resistencia —de decir no, de desaparecer— se vuelve cada vez más difícil. El panóptico digital, al integrar vigilancia, rendimiento, deseo y tecnología, no solo reconfigura el control social: redefine lo humano.



Conclusiones

El recorrido por las distintas manifestaciones del poder permite reafirmar que el poder, en la perspectiva foucaultiana, no es una entidad estática ni centralizada, sino un entramado dinámico. No es una posesión ni una estructura, sino una relación estratégica, móvil y múltiple, que atraviesa cuerpos, instituciones, discursos y tecnologías. El poder circula, se infiltra, se configura. En palabras de Foucault: “el poder está en todas partes, no porque lo abarque todo, sino porque viene de todas partes” (*Historia de la sexualidad*, 1976, p. 122).

El poder no solo prohíbe o castiga, sino que configura lo que es visible, pensable, decible, y por tanto posible. A su vez, necesita del saber para legitimarse, y el saber es también una construcción histórica condicionada por las estrategias de poder que lo sustentan. Esta lógica se hace evidente en todos los dispositivos analizados: desde la arquitectura del panóptico carcelario hasta los sistemas de recomendación algorítmica, el poder opera delimitando campos de saber, organizando lo sensible y definiendo lo verdadero.

A lo largo de sus múltiples metamorfosis, el poder conserva sus rasgos esenciales: fluye, se adapta, se vuelve cada vez más eficaz en su invisibilidad y más íntimo en su ejercicio. Cada etapa del análisis realizado confirma este núcleo conceptual: el poder no es algo que se posee, sino una práctica que se ejerce; no se concentra, sino que se despliega; no actúa solo desde arriba, sino que se entreteje en la vida cotidiana, en los gestos más mínimos, en los hábitos, en las decisiones aparentemente libres.

Las distintas formas de poder analizadas no se eliminan unas a otras de forma directa, sino que se van acumulando, mezclando y transformando. Las formas de poder soberano, disciplinario, biopolítico y psicopolítico conviven; algunas siguen presentes de manera más débil, mientras que otras vuelven a aparecer de forma más simple y menos rígida. El panóptico digital representa hoy la forma más avanzada de este poder: una vigilancia que no solo observa, sino que seduce, modela deseos y conductas, y se instala en la cotidianidad bajo la apariencia de libertad y autonomía.

Esta nueva configuración revela una paradoja inquietante: el poder se ejerce desde dentro, por medio de la propia colaboración y autoexplotación de los sujetos, quienes, en su búsqueda de visibilidad y conexión, terminan siendo administrados por algoritmos que registran, predicen y moldean su existencia. Como señala Byung-Chul Han, “la libertad misma es explotada” (*Psicopolítica*, 2014, p. 18).

Entender esta realidad es imprescindible para repensar nuestras formas de resistencia, privacidad y subjetividad en una era dominada por el dataísmo y la economía de la atención. La vigilancia digital no es solo un problema técnico o legal, sino una cuestión filosófica y política que redefine nuestra relación con el mundo, con los otros y con nosotros mismos. En esta lógica, el panóptico digital deja de ser una herramienta para convertirse en el marco ontológico de la experiencia: no se limita a observarnos, sino que nos constituye. El poder ya no actúa sobre el sujeto, sino desde el sujeto. Y en esa interiorización absoluta, el poder deja de tener un afuera: se vuelve ambiente, hábito, deseo.



Referencias

- Castillo, J. (2020). ¿Qué nos dice hoy la biopolítica?. *Nexos Cultura*. <https://cultura.nexos.com.mx/que-nos-dice-hoy-la-biopolitica/>
- Castillo Merino, F. (2022). Psicopolítica y control digital en la era neoliberal. *ICNS*. https://www.icns.es/articulo/byung_chul_han_psicopolitica
- Cortázar, J. (1994). *Historias de cronopios y de famas*. Sudamericana.
- Crisis. (2017, 13 de abril). La gran apuesta de Byung-Chul Han. *Revista Crisis*. <https://revistacrisis.com.ar/notas/la-gran-apuesta-de-byung-chul-han>
- De la Fuente, M. (2017). La vigilancia digital y la psicopolítica: Reflexiones sobre el poder en la sociedad contemporánea. *Revista Ciencias de la Comunicación*, 20(37), 113–130. http://www.scielo.org.bo/pdf/rcc/v20n37/v20n37_a13.pdf
- El_Chamuco [@El_Chamuco]. (2023, abril 25). *Capitalismo digital* [Imagen]. X (anteriormente Twitter). https://x.com/El_Chamuco/status/1650531798533697538
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). *El poder psiquiátrico. Curso 1973-1974*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B.-C. (2014). *En el enjambre*. Herder.
- Han, B.-C. (2017). *Psicopolítica: Neoliberalismo y las nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Innovar Untref. (s.f.). Byung-Chul Han y el panóptico digital. *Innovar UNTREF*. <https://www.innovaruntref.com.ar/byung-chul-han-y-el-panoptico-digital/>
- Ioskyn, J. (2015). El panóptico digital. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, (30). <http://virtualia.eol.org.ar/>
- Mallamaci, M. (2018). Los tres panópticos: Análisis de las modulaciones del poder y las formas visuales de control entre la Modernidad y el siglo XXI. *CONICET Digital – Repositorio Institucional, Universitat Oberta de Catalunya, Universidad de Antioquia*. [PDF]
- Melo, D. (2022). Psicopolítica y neoliberalismo digital: El poder en la sociedad contemporánea. *Estudios Filosóficos*, 44(86), 201–222. <https://www.redalyc.org/journal/4418/441876638008/html/>
- Pérez, A. (2022). De la biopolítica a la psicopolítica: Nuevas formas de poder en el siglo XXI. *Revista Colombiana de Sociología*, 45(1), 35–54. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-38862022000100239
- Saidel, M. (2013). Biopolítica y gubernamentalidad: Dos conceptos para problematizar el poder e interpretar el neoliberalismo. *Revista Colombiana de Sociología*, 36(2), 13–39.// *Revista Eopolítica*, (21), 17–37. https://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-39162013000200004
- Traverso, J. F. (2018). Poder y biopoder en la obra de Michel Foucault: Del análisis de la sociedad disciplinaria al de la población. *Red Sociales*, 5(2), 118–134. <http://www.redsocialesunlu.net>